



XAVIER VELASCO



Males raíces





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Enrique Graue Wiechers
Rector

Rosa Beltrán Álvarez
Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales
Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldívar
Voz Viva



Ilustración de portada: Juan Antonio Alfaro Cruz y Hugo Aguilar Gómez
VV - 151

Primera edición: 6 de octubre de 2023

DR © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-8152-8

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Velasco, Xavier, 1964- ; autor. | Serna, Enrique.
Título: Males raíces / Xavier Velasco ; presentación, Enrique Serna.
Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Voz Viva de México ; VV-151.
Identificadores: MULTIMEDIA 21189 | ISBN 978-607-30-8152-8.
Clasificación: ICC PQ7298.32.E52.M35 2023 | DDC 863.7—dc23


XAVIER VELASCO

Males raíces

Presentación
Enrique Serna



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2023



Fotografía de Archivo de Voz Viva.



Xavier Velasco

Narrador y periodista. Nació en la Ciudad de México en 1964. Realizó estudios de literatura y ciencia política, en la Universidad Iberoamericana. Ha sido colaborador de distintos suplementos como Onda de *Novedades* y Sábado de *unomásuno*, así como de los diarios *El Nacional* y *Milenio*.

Entre otros títulos, es autor de *La luna llena en las rocas* (2000), *El materialismo histórico* (2004), *Éste que ves* (2007), *Puedo explicarlo todo* (2010) y *La edad de la punzada* (2012). En 2003 obtuvo el Premio Alfaguara de Novela con *Diablo Guardián*.





CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Enrique Serna 9

Males raíces (58:48 min.) 17



PRESENTACIÓN

Enrique Serna*

Xavier Velasco: soy el que soy

Tengo la suerte de conocer a Xavier Velasco desde los años 80, cuando ambos colaborábamos en el suplemento *Sábado* del extinto periódico *unomásuno*. En aquel foro abierto a todas las estridencias, Velasco tenía una columna de rock, pero de vez en cuando incursionaba en la crónica, donde mostraba algunos de los talentos que luego lo hicieron famoso: el desparpajo, la incorrección política, el humor cáustico, la búsqueda de un lenguaje literario que rompiera los moldes canónicos de las bellas letras. En *Sábado* publicó por entregas *Los hijos de Ziggy Stardust*, una novela

*Enrique Serna (CDMX, 1959), autor de cuentos, novelas y ensayos, estudió lengua y literatura hispánicas en la FFL de la UNAM. Ha recibido los premios: Mazatlán de Literatura 2000 por *El seductor de la patria*, Nacional de Narrativa Colima para Obra Publicada 2004 por *Ángeles del abismo*, y Narrativa Antonin Artaud 2010 (Francia) por *La sangre erguida*. Ha publicado *Amores de segunda mano*, *El orgasmógrafo* y *La ternura canibal*, y los ensayos *Las caricaturas me hacen llorar* y *Giros negros*. Colabora en la revista *Letras Libres*.

•••



satírica llena de retruécanos y chistes privados, donde narraba las andanzas de un joven muy parecido a él, que acompañaba a un grupo de rock en sus giras y bacanales. Algunas de las entregas estaban escritas en verso, y en ellas parodiaba con insolencia a los clásicos de la literatura española. Aquel afán de jugar a la literatura, de irrumpir borracho en un recinto sagrado, sin adoptar la voz engolada del escritor “serio”, daría frutos más jugosos cuando se impuso un rigor que lo llevó a transformar el divertimento sectario en una fiesta con entrada libre para los extraños.

En la época de “Sábado”, Velasco era un outsider del mundillo literario, con un pie dentro y otro fuera de esa familia endogámica. Me sorprendía que se juntara principalmente con rocanroleros y en cambio frecuentara poco a los escritores (yo era, tal vez, el único a quien trataba de lejos). Su incapacidad para el fingimiento lo vacunaba contra el esnobismo y el ingreso a las cofradías de elogios mutuos. Al emprender una búsqueda literaria donde las vivencias pesan más que las lecturas, renunciaba a la enfermedad más dañina de nuestro Parnaso: la enfermiza y rastrera búsqueda del prestigio. Nunca pretendió vestirse de gala con sus lecturas,



aunque en algunas novelas y artículos haya rendido homenaje a los autores que le dejaron huella. Más bien ha tratado de leer la vida y de vivir los libros, una combinación que lo mantiene a salvo de la erudición pedante. Supo desde muy joven que la principal herramienta de un escritor son sus intuiciones y por haberlas mantenido incontaminadas, cuando por fin logró jugar en serio a la literatura fulminó a todo el mundo con la descarga eléctrica de su *Diablo Guardián*.

Desde *Los hijos de Ziggy Stardust*, Velasco tenía al autorretrato, una veta muy fértil cuando el escritor se mira al espejo sin rehuir la confrontación con flaquezas ridículas y verdades amargas. En la trilogía compuesta por *Este que ves*, *La edad de la punzada* y *El último en morir*, Velasco ha incursionado en ese terreno con una franqueza de kamikaze. No cualquiera puede mostrarse abierto en canal sin caer en la tentación de maquillar sus defectos por conveniencia o pudor. La recompensa para el ego que sale ileso de ese martirio es un autoconocimiento más completo y profundo. Se equivoca por completo quien crea que la autoficción es un género fácil, pues en ella el autor no tiene que inventar nada. Se trata, por



el contrario, de un arduo ejercicio de introspección, quizá más arduo que escribir una novela cien por ciento ficticia, porque se corre el riesgo de caer en el anecdótico si el relato carece de una arquitectura y una trama bien articuladas. El principal desafío del memorialista es saber dónde colocar las columnas o las bisagras que transforman una serie de acontecimientos inconexos en una cadena de causas y efectos. Esto obliga al narrador a identificar cuáles fueron sus parteaguas existenciales, algo que mucha gente sólo alcanza a entender tras diez o veinte años de terapia. Más allá de cualquier afán exhibicionista, lo que Velasco busca es resolver el enigma de su existencia, o morir en el intento.

En la literatura mexicana escasean los libros de memorias y las novelas autobiográficas. Desconfiados por instinto, o por un atavismo ancestral, los mexicanos procuramos escondernos de los demás y casi ningún escritor quiere dejar al descubierto sus flancos débiles. En las antípodas de ese precavido hermetismo, la extensa y detallada autobiografía de Velasco es una gran bofetada a la hipocresía mexicana, como podrán comprobarlo los escuchas de “Males raíces”, el relato que nos ofrece en esta edición de *Voz*



viva, donde se retrata con el agridulce y despiadado nudismo del pícaro. ¿Cómo ha logrado conquistar a tantos lectores un egocéntrico tan radical? Con una estrategia de seducción dirigida a eliminar las barreras que lo separan de las demás. “Ser sincero es ser potente”, decía Rubén Darío. La narrativa de Velasco parece inspirada en esa máxima, pues ha logrado modular un tono confidencial que transforma al lector en copartícipe de sus historias.

Por supuesto, hay una fuerte dosis de artificio en esa sinceridad, pero nadie lo nota, porque la reinención de sí mismo no pretende exonerarlo de nada. Velasco jamás ha querido colgarse medallas al mérito cívico y sin embargo, su obra deja entrever el anhelo de una fraternidad más directa y auténtica, en donde nadie tenga que adoptar una personalidad social defensiva. En parte, la juventud de sus novelas se debe a esa facilidad para derribar muros de incomprensión mutua. La confianza en los desconocidos es una virtud juvenil que se oxida con los años y sin embargo Velasco la conserva intacta. Se expone, sin duda, a suscitar odios automáticos, sobre todo en épocas de aguda polarización ideológica, pero ese riesgo corre

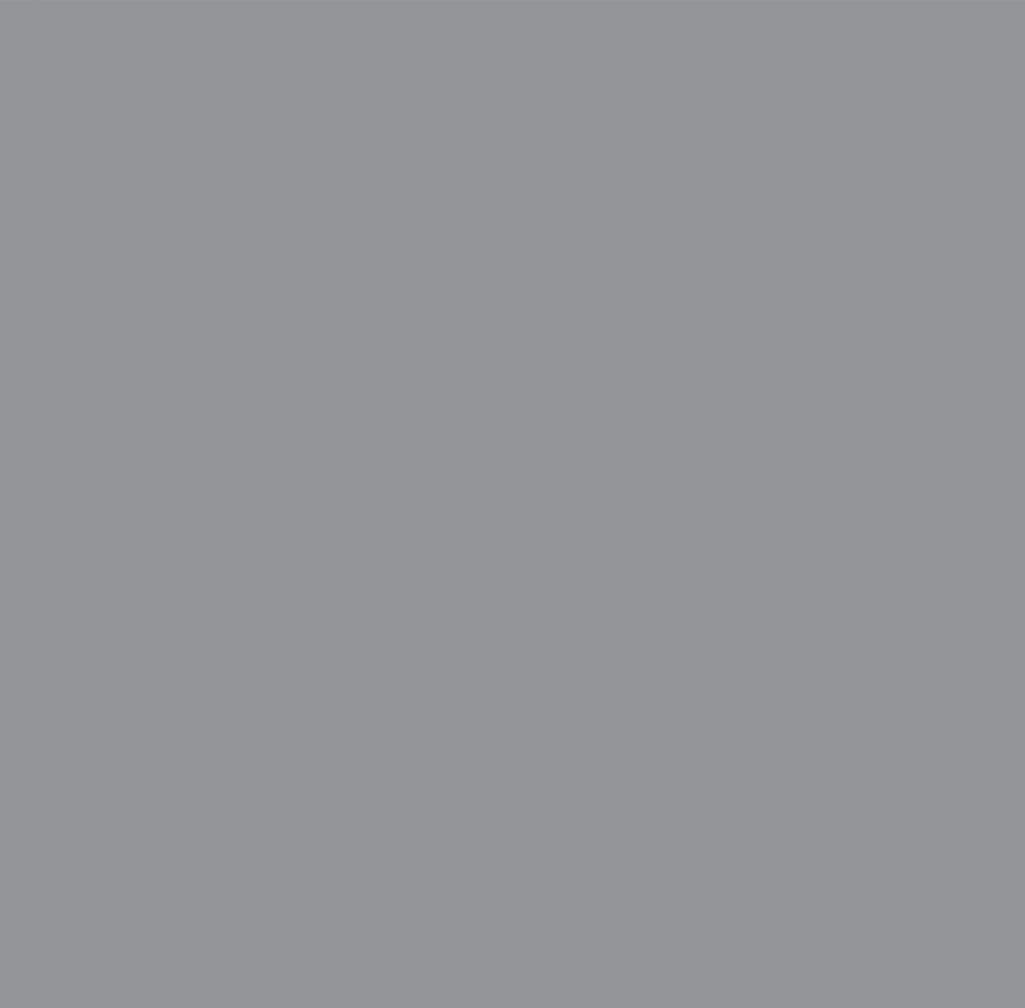


cualquier autor que se abre de capa declarando, como el Quijote, “soy el que soy”.

Por su experiencia como *showman* de las letras, Velasco es uno de los autores mejor capacitados para leer sus obras en voz alta. Durante la gira promocional de *Diablo guardián* solía cantar un rap compuesto expreso para cerrar sus presentaciones. Cuando me invitó a presentar la novela en el Centro Cultural de España, a espaldas de la catedral, olvidé pedirle que cantara el rap y me lo tuvo que recordar con una patadita bajo la mesa. Más tarde se compró en Las Vegas un muñeco de ventrilocuo, el licenciado Godínez, con el cual escenificaba sketches carperos cuando lo invitaban a presentar sus obras. Ha hecho circo maroma y teatro con tal de evitar el rígido formato de esas ceremonias: la mesa con mantel verde, los circunspectos literatos que desgranar elogios, los bostezos irreprimibles de familiares y amigos. Montar un pequeño espectáculo en cada presentación pública se ha vuelto un desafío adicional para su creatividad. Además, ha grabado sus propios audiolibros, tarea que generalmente desempeñan actores profesionales. Los resultados de ese romance con el público le



han dado tablas y quizá, un mejor olfato para prever las reacciones del auditorio. Al incluir en su catálogo a este cómico de la legua, la colección Voz Viva de la UNAM confirma que el don de narrar nunca estuvo reñido con el talento histriónico.





Males raíces

I

Recién había cumplido los doce años cuando escuché a mi padre contar, durante el desayuno, la historia de la muerte de Luis Patricio Farrera. Se había levantado muy temprano, quería estar listo para cuando llegara la mudanza. De un departamento mediano en la colonia del Valle se mudaba a una casa con cinco recámaras y dos jardines en la colonia Club de Golf México. Estaría contento, me imaginé, mientras daba mordidas a la gelatina y escuchaba a mi padre entrar en detalle. Quizá no hubiera tanto que contar, pero me espeluznaba saber que aquello había pasado veinticuatro horas antes. Tal parecía que los de la mudanza se habían retrasado, de modo que Farrera aprovechó ese tiempo para él mismo aplicarse a desmontar el compresor de aire frío que sobresalía de la ventana de la sala. Quehacer muy simple, que no obstante exigía salir al balcón y treparse en la barandilla de aluminio para quitar los últimos tornillos. Un



resbalón más tarde, el hasta entonces dueño de la casa prometida yacía nueve pisos abajo, con los fémures a unos cuantos centímetros de los omóplatos.

¡*Es tardísimo!*!, nos alertó mi madre, como cada mañana, de modo que salimos volando hacia el coche, donde mi padre tuvo tiempo de explicarme que el pobre tipo había caído de pie sobre el pavimento, de ahí que el cuerpo diera la apariencia de tener las rodillas encajadas en las caderas. Durante el resto de aquella mañana, más varios días y noches que siguieron, ésa y otras imágenes vendrían tras de mí como almas chocarreras. El muertito tenía tres hijas grandes y tres hijos pequeños, seguro ya se habían repartido las recámaras. *Y de repente, zas*, me repetía. Nunca supe gran cosa de Luis Patricio Farrera, excepto que mi padre lo conocía por el trabajo, pero meses más tarde del accidente su historia regresó de la manera menos esperada. Una tarde, mi papá nos llevó a conocer la casa de Club de Golf México. La estaban rematando, se la ofrecían.

Nada más poner pie tras la reja blanca del número uno de la calle Once, dejé de lado los detalles tétricos e incluso comencé a alimentar la



ilusión de tornarme heredero del destino. Dejar las calles empedradas y estrechas de San Ángel Inn por la pista curvada de Club de Golf México. Verme de un día para otro instalado en la cara opuesta del sino de los niños Farrera, que estuvieron a pocas horas de mudarse a esa casa. Si mis padres cabían en una recámara y yo ocupaba otra, quedaba mucho espacio para jugar. En la calle, además, había niños por decenas. Por más que mi mamá se empeñó en resistirse a un cambio que sólo ella supo intuir ominoso, en dos meses ya estábamos allí. Lejos de casi todo en la ciudad, amurallados de árboles en mitad de una zona que si no era la nada, mucho se parecía, según mi madre, que a todo esto tampoco se sentía contenta con la idea macabra de que nuestro futuro comenzara donde se había cortado el de los Farrera.

Tal cual su nombre mismo permite suponer, la colonia Club de Golf México viene a ser un enjambre de casas distribuidas en torno al campo de juego, conectadas por una avenida serpenteante, llamada San Buenaventura. Las demás calles llevan por nombre números del uno al veintiséis y su trazo no es menos desnivelado y caprichoso, pues amén de bordear el campo de



golf fueron construidas sobre piedra volcánica. En aquellos momentos, cuando me aventuraba a descubrir el rumbo por mi cuenta, me seducía la idea de verme avecindado en dominios tan ignotos, pero ya mi mamá despotricaba contra la lejanía, los charcos, los ventarrones, la fosa séptica, la vecindad palurda y pretenciosa. No había más que ir a misa el domingo para advertir que entre colonia y colonos pujaban por armarse una suerte de réplica pueblerina del Pedregal de San Ángel.

Como era de esperarse, los vecinos del *Club* se dividían en dos: socios y no socios. Una cosa era sólo vivir en la colonia, otra muy diferente frecuentar las instalaciones del club de golf. Donde, por cierto, abundaban los genuinos colonos del Pedregal, no pocas veces agraciados por fortunas tan milagrosas como intempestivas. Pero a mí el club-club me interesaba poco, una vez descubierta la magia de la calle y el libre acceso a los llanos de atrás: un mundo de aventuras sin guardianes, ni empleados, ni viejos regañones. Mientras otros tomaban lecciones de *putt*, mis amigos y yo jugábamos con pólvora y gasolina en los terrenos de un tal señor Dupont, dueño de no sé cuántos acres vecinos, más una casa inmensa equipada con



foro abierto, gradas, alberca y campo de golfito. Entre tantos haberes, a los Dupont debía de darles igual si unos cuantos aprendices de vándalos se enseñaban a hacer bombas en sus dominios.

Nunca fue mi intención significarme, y hasta habría pujado por ser menos visible con mi habitual torpeza justo donde imperaban pose y petulancia. Pero tenía por fin catorce años y una *hondita* roja con el escape abierto, amén de una guapísima chamarra de cuero con su correspondiente calavera atrás. Inadaptado y tímido, dado en tanto al exceso protagónico, disfrutaba hasta el tuétano de irrumpir en el atrio de la iglesia con el motor rugiendo como un león en el circo romano, ya comenzada la misa de once, y después comulgar con el casco trabado bajo el brazo, un poco perdonando la vida a los presentes; y al final arrancar en dirección a la Veintiséis, haciendo un caballito de tintes calculadamente suicidas. ¿Quién habría querido a ese remedo de remedo de gañán en un campo de golf?

¿Y quién habría creído que aquellas payasadas llegarían a oídos de mi perfecto antípoda, el envidiado Mauricio Dupont Jr.? Hasta donde



recuerdo, su inmensa residencia era el mito mayor de aquél villorrio. Más de una vez, un par de vecinos me insistieron en que los acompañara a visitarlo. Según ellos, tenía una autopista que atravesaba cuatro recámaras. Su papá era tan rico, me juraban, que podía comprar entera la colonia. Pero yo no quería venderme, ni alquilarme, ni hacerme niño bien, sino seguir haciendo cuanto se me antojara. Arrufianarme a placer y capricho, no en la casa de nadie sino en las soberanas calles de la colonia. Según sabría después, él también me veía por encima del hombro y de muy lejos.

Me resisto a creer que mi encuentro y amistad con Mauricio sucedieran de modo casual, habidas las catástrofes precedentes. Pues resultó que, lejos de ser mi antípoda, el joven Dupont era un alumno problema y se aprestaba a repetir el curso. Arrastraba, tal como años después me lo confió, una historia de golpes emocionales oculta tras su talla de heredero. En cuanto a mí, también había reprobado el cuarto año de bachillerato, luego de varios meses de entregarme al estudio de la geometría, en su modalidad de carambola a tres bandas. Me había enterado de la existencia de un cierto colegio donde se abrían las puertas a los repetidores, tras conocer a un



rufiancito afín, alumno de esa escuela, abordo de una camioneta que cierta noche negra nos trasladaba de la Delegación a las instalaciones del Consejo Tutelar para Menores Infractores. Habíamos chocado, cada uno por su parte, y lo cierto es que todo me importaba poco. De un día para otro, la suerte familiar se había venido abajo y estábamos muy cerca de quedarnos sin casa, entre otras desventuras no menos angustiosas. Consideré, por tanto, un nuevo síntoma de mi decadencia pasar lista el primer día de clases y escuchar entre tantos el nombre de Mauricio Dupont. No podía imaginar que pocos días más tarde ya estaríamos de pinta en un billar. Torciéndonos de risa, además.

Entré al fin en la casa de Mauricio Dupont algunos meses antes de perder la mía. Íbamos a estudiar, el día previo al examen. Más que las dimensiones del lugar, me pasmó que tuviera la misma alfombra de color turquesa; también las mismas lámparas y un idéntico estilo arquitectónico. Supe entonces que la que yo llamaba aún *mi casa* había sido propiedad de su padre, que la mandó construir al tiempo que la suya. Mediaban algo así como tres cuerdas entre una y otra casa, pero fuera de ahí eran



incomparables. Si la mía tenía una pequeña fuente, en la suya se alzaban ventanales de diez metros de altura, por citar uno entre tantos extremos. Pero había algo más. Algo que no encajaba en el ambiente de esplendor buscado, y acaso lo tenía de tonos siniestros. Era una casa extraña, seguramente ideal para esas grandes fiestas de las que medio *Club* hablaba entre la envidia y el orgullo, pero acaso indeseable para una vida diaria equilibrada.

Apenas hacía falta conocer la circunstancia de los Dupont para intuir que esa casa ya estaba en decadencia. Tenía tres recámaras, más una enorme sala de dos pisos, distribuida entre cientos de metros cuadrados, con la pista de baile redonda, la pared alfombrada y encima una tremenda pintura flamenca, que entonces se creía pintada por Rembrandt y al cabo resultó ser obra de Frans Hals. Aquí y allá colgaba toda suerte de adornos, de las vajillas persas a las pinturas callejeras *made in Bangkok*, de las fotografías que constelaban muros y más muros a las mamparas llenas de memorabilia con las hazañas del señor Dupont. Había el obligado piano de cola, más una partitura de metal con un trozo del *Liebestraum* de Liszt. La locación



ideal para alguna película de los años sesenta, plena de faldas ínfimas, aretes gigantescos y botas por encima de la rodilla. Demasiado para Club de Golf México, aunque quizás lo justo para el Pedregal. Un genuino santuario del delirio al servicio de la irrealidad, que sin embargo cobraba cuerpo cada vez que Mauricio se distraía contando las anécdotas de su infancia, como el día que el Shah de Irán lo sentó a terminarse su barquillo de chocolate sobre el trono imperial de Persia. O cuando visitaba con su padre los mercados de Calcutta en busca de esmeraldas a granel. O cuando descendían del helicóptero en aldeas remotas de la provincia hindú, donde la gente se acercaba a tocarlos. Demasiados espectros para una sola casa.



II

No hay ocasión ni espacio para contar aquí mi triste peripecia familiar; básteme con decir que cinco años después de llegar a Club de Golf México salimos empujados por la desgracia; un destino que ya era irrefrenable cuando trabé amistad con Mauricio Dupont. ¿Cómo iba a imaginar mi nuevo amigo, quien jugaba a encarnar una combinación de James Bond y Rico MacPato, que mi debacle acabaría coincidiendo con el mero principio de la suya? Lo recuerdo de pie frente a la fosa donde recién había descendido el cuerpo de su padre. Tomó una de las palas, echó un poco de tierra y volvió a su lugar. Lo abracé luego, con la perplejidad de por primera vez verme obligado a dirigirme a él solemnemente. Se defendía del mundo con una mueca en forma de sonrisa; un escudo al que ya estaría habituado. De regreso en el patio del colegio, me pregunté si yo también traería un semblante así, obligado como él a echarle tierra encima al dolor. Cuando volví a su casa, semanas más tarde, me dije que era el peor lugar para vivir de luto. Había fotos y objetos por todas partes.



Más que la residencia del magnate difunto, parecía un museo erigido en su memoria.

Más allá de Mauricio, que habitaba su propia burbuja, mis amigos del *Club* eran todos inadaptados. Nadie nos invitaba a su fiesta, ni las vecinas encontraban prestigio alguno en acompañarnos. Uno a uno se fueron fugando hacia universidades americanas, aduciendo que más valían cien gringas bonitas y cachondas que tres tlalpeñas feas y engréidas. Tras un par de años de vivir en Polanco, más de veinte kilómetros al norte, rara vez iba al *Club* con un destino diferente a la casa de San Buenaventura. Por más que diera curso a la tentación de pasar cada vez por la calle Once, me molestaba ver mi antigua casa; y si antes era fuente de alto placer recorrer la colonia en procura de vecinas coquetas, ahora el mismo paseo me parecía más y más sombrío.

Me sentía despojado, todavía, pero lo cierto es que mi vida era otra. Tenía de regreso a mi familia, luego de que en los años de bonanza mentirosa casi todo se nos había quebrado. Veía a la calle Once con nostalgia torcida. Quería volver tal vez por la revancha, pero ya no deseaba vivir allí. Había



demasiados fantasmas, además. El del bromista galante que con diecisiete años se asomó por la ventana de un Volkswagen a darle una nalgada a una vecina y acabó con el cráneo estrellado en un árbol, muy cerca de la calle Dieciséis. El de aquel jardinero que se quedó tullido luego de que un idiota de veinte años le disparó con una escopeta, a un costado de San Buenaventura. El del hijo del velador que a media tromba se lanzó al arroyo convertido en río, tras la televisión que se llevaba la corriente, y acabó a sus nueve años sepultado en el lodo, con otros seis cadáveres que la corriente trajo de San Pedro Mártir. Salir de casa de Mauricio Dupont y perderme vagando por la colonia tenía que ser un ejercicio morboso y masoquista, que sin embargo sólo una ocasional premura conseguía evitarme.

Con el tiempo, la casa de los Dupont se transformó en gloriosa zona franca. Nada que no apreciara intensamente un aprendiz de golfo en busca de festines y fiestones, que era un poco el común denominador de sus asiduos y asimismo mi propia condición. Habríase dicho que en realidad las fiestas se armaban solas, o sería tal vez que el inquilino necesitaba de ellas para no verse a solas entre tanto cemento (una hipótesis poco



concebible para quien nada más llegaba de visita y no sabía ni el nombre de los espectros). A veces, al final de una fiesta estruendosa, con el amanecer pisándonos los talones y todavía al compás de tantos combustibles ingeridos, Mauricio se saltaba su hermetismo y hablaba del pasado con un cierto regusto de amargura, que a mí me parecía inexplicable en quien podía contar aventuras exóticas como las suyas. Lo imaginaba con seis años y en ropa de safari, sacándole la lengua a un tigre de Bengala, si bien lo cierto es que a esa edad vestía exactamente como yo, puesto que aun si ninguno recordaba al otro, habíamos cursado la preprimaria llevando el uniforme del colegio Queen Elizabeth. Suéter color ladrillo, pantalones blancos y un escudo invadido por las siglas Q.E.S.

De más está decir que al joven Dupont le sobraban amigos de ocasión y aspirantes a esposa, pero he aquí que su elegancia consistía en jamás acabar de acreditarlo. A menudo no sólo se vestía de fachas, sino inclusive como un desharrapado. La ropa sin planchar, las agujetas rotas. Un *allure* a la inversa que lo hacía soportable a ojos envidiosos e irresistible para su propio *gang*, del cual me envanecía no formar parte. Yo no jugaba golf, y



hasta era un poco *freak*, para su gusto. Tenían largos años de aborrecerme, y ahora osaba llevarme a su amigo-botín a fiestas y películas y conciertos llenos de gente que ellos consideraban rara, y todavía peor: improductiva. Según lo evidenciaba la obsequiosidad de sus camaradas golfistas, Mauricio Dupont Jr. tenía el compromiso moral de serles productivo, a corto o largo plazo. Desde esa perspectiva, mi amistad disoluta era un peligro. No quería ser su socio; lo prefería en plan de compinche. Tenía hambre de vida, sed de fiesta y ninguna intención de negociar.

Mentiría si dijera que mi amistad con el famoso Dupont era del todo desinteresada. Pero no lo buscaba por su dinero, que a todo esto difícilmente se asomaba, toda vez que su madre conocía sus tendencias sibaritas y le soltaba más monedas que billetes; mi interés era hacerme novelista, y para ello creía, no sin fanatismo, que era preciso vivir tantas historias como fuera posible, provocar al destino, ir más allá con cada nuevo atrevimiento, para todo lo cual Dupont era secuaz hartamente ocurrente. En más de una ocasión, acabamos en celdas preventivas de las que sus amigos no tenían de pronto más opción que sacarnos, comúnmente lanzándome ojos



de pistola y ya al día siguiente llamándome para que les pagara el soborno entregado al ministerio público. He perdido la cuenta de tanta fechoría, pero podría jurar que jamás antes, y es muy probable que tampoco después, mi amigo conociera días y noches más entretenidos. Adrenalina cruda, a decir verdad. Huíamos a veces de la ley, a menudo cargando botellas de champaña recién robadas, sin contener la risa ni perder el contacto del instinto. Nos hacíamos de amigas que asimismo sabían apreciar el mérito de quien regala flores sustraídas del área de maternidad del hospital más próximo al fandango vigente. ¿Qué clase de bazofia podía ser la vida —nos preguntábamos, una vez a resguardo del peligro, al amparo del bueno de Dom Perignon— si no hacía uno todo por volverla extraordinaria?

Luego de una de sus habituales desapariciones —se esfumaba por días o semanas, ya fuera a jugar golf en la provincia o a su casa en la playa de Puerto Marqués—, Mauricio me llamó de California. No sabía ni cuándo volvería, tenía por ahí una idea desquiciada que según él podía convertirse en gran negocio. No le entendí muy bien, pero igual se lo celebré con carcajadas. Compartíamos entonces una tendencia entre festiva y nihilista



a apostar nuestro resto por los caballos flacos. Pero el tiempo pasaba, ya nada era tan simple como cuando para ganar dinero fácil no teníamos más que plantar una ruleta en la cafetería de la universidad y jugar a los gánsters alegremente.



III

¿Alimentaba en realidad Mauricio todos aquellos sueños megalómanos, o quería nada más que jugar a perder? A un par de años y tres negocios quebrados de distancia, lo vi volver a San Buenaventura como quien ha cumplido una misión. Además de a perder, se había ido a San Diego a perderse. Reinventarse, pensé. Romper contacto con el niño bien que en el fondo jamás había sido. Vivir de fiesta en otras latitudes, enseñarse a ser crápula profesional. A despecho de la opinión de sus amigos, sabría el diablo quién de los dos era la peor influencia para el otro. Yo quería contar historias de mentiras, él revivir sus mitos heredados. Una historia tan llevada y traída que poco de verdad le quedaría. Una lápida para llevar a costas, y detrás una voz insepulta que sentencia: *He ahí tu pasado, ahora carga con él.*

Tarde, por suerte, descubrimos las drogas. Yo en un viaje relámpago a Huautla, él en alguna playa de San Diego. Ya de regreso en México, Mauricio retomó los bastones de golf sólo para amistarse con el *Chocochip*,



un *caddy* que además de cargarle los enseres y asesorarlo en los golpes difíciles, le surtía el mejor cannabis de Tlalpan. Eso decía él, cuando menos, ahora que su mamá se había mudado y tenía la casa entera a su merced. Fue así que la famosa mansión Dupont se transformó en santuario de libertinos. Noches extensas plenas de risotadas, discos viejos de Mott The Hoople y nuevos de los Pixies, al amparo de aquellos graves caballeros que Frans Hals nos había puesto por vigías en lo alto del muro. Hordas de gente extraña mas fraterna que iba y venía entre sala y cocina, hechizados por los pasteles de fuerte contenido botánico que ya éramos expertos en preparar. ¿Podía acaso ser la vida más risueña?

Sí podía, y esa fue la cuestión. Yo estaba por entonces en trance de mudarme. Necesitaba asilo por unos días. ¿Qué otra cosa, sino risas *full time*, podía esperarme durante las dos semanas que duraría mi estancia en la casa de San Buenaventura? Y con certeza habría sido así, pero en vez de eso me quedé un año y medio. Ocupé una recámara cuyo tamaño daba para salón de fiestas —la de Mauricio, en cambio, era apenas un cuarto de cuatro por cuatro. Podía ver el tránsito de San Buenaventura sin tener



que moverme de la cama, o tenderme en la alfombra azul turquesa como cuando tenía doce años y empujaba los cochecitos marca Matchbox a lo ancho de mi casa en el número uno de la calle Once.

Haría unos cuantos días de mi arribo cuando empezamos a planear fiestas. O, como decía él, *fiestonones*. No había gran presupuesto, si acaso algún dinero para dos meseros y otros tantos agentes de seguridad (los policías de la caseta, que en horas libres aceptaban la chamba de cuidarnos sin para ello tener que reprimirnos). Pero estaba la casa y teníamos amigos como *DJ Danny*, que ponía la música, y otros más que aportaban donaciones diversas. Los convidados, de hecho, no precisaban de más boleto que una botella como donativo por cada nuevo grupo de juerguistas. El jardinero cuidaba la entrada, donde vendía —y recibía de vuelta— las botellas de quienes arribaban con las manos vacías. Tal era su negocio, autorizado por la gerencia: *Usted véndalas todas las veces que quiera, ése va a ser su sueldo*. Contábamos también con la presencia de una vendedora de quesadillas, que se instalaba a hacer su agosto en la mitad del patio. A partir de tal fórmula, era posible armar en pocas horas



una fiesta para quinientos invitados por unos cuantos pesos, literalmente. Llamábamos a Danny a mediodía y ya a las cuatro el chisme estaba en la radio. Al día siguiente, San Buenaventura amanecía constelada de vasos, botellas y desperdicios varios a lo largo del camellón entero. En la casa quedaban invitados, policías y jardinero tirados, esparcidos y a su modo contentos. Una vez más, se ufanaba Mauricio, el amable convivio había sido un éxito.

Me recuerdo subido en una mesa, parodiando con labios y ademanes a Engelbert Humperdinck, recién desinhibido por una rebanada del enorme pastel de finas yerbas que preparamos para la ocasión, empleando la receta ponzoñosa que permanecería secreta para la mayoría de los convidados. “No entiendo cómo pude divertirme tanto en tu fiesta”, opinaría la novia estirada de uno de los amigos oficiosos de Mauricio, habituada tal vez a desconfiar del barman, no así del repostero. Porque al final lo cierto es que pese a su fama de extravagante, y quién sabe si no también por ella, Dupont Jr. seguía imantando a los oportunistas. Le proponían negocios redondos, triangulares y ovalados; luego, una vez al tanto de su irregular flujo de



efectivo, no dudaban en irse sobre las propiedades. Cada uno aseguraba, con suficiencia histriónica y fanfarrona, ofrecerle la mejor solución al problema de sus grandes terrenos, hasta entonces vedados para la construcción en virtud del hallazgo de invaluables vestigios precolombinos.

No era, pues, arriesgado, afirmar que la herencia del señor Dupont de sobra acreditaba la calidad de incalculable, ni parecía extraño, por lo tanto, que entre semana visitaran la casa ciertos hombres de pinta formal y modales untuosos, que al paso de tres whiskies iban subiendo el tono de la voz, más todavía cada que dejaban caer el apellido de un político encumbrado, cuya amistad cercana desde ya se arrogaban. Con su ayuda, le aseguraban al anfitrión, podían fraccionar el mismo Zócalo. Ja, ja, ja, festejaban, más por jactancia que por carcajada. Desde el búnker propicio de mi recámara escuchaba gritar a aquellos vividores, incapaz de explicarme cómo podía Mauricio no advertir que le estaban vendiendo la luna en abonos e iba a acabar pagándola al contado. Cinco minutos de escuchar sus pláticas bastaban para verlos con náuseas indelebles, pero él los escuchaba con ojos entornados y se congratulaba de ser su *socio*.



Nunca supe con cuántos gañanes elegantes se asoció, pero pronto empezaron los viajes a destinos inciertos. De por sí le gustaban los misterios, pero igual yo supongo que habría hecho lo mismo en su lugar. Qué vergüenza ostentar esos amigos. Pero él creía ya que nadie sino ellos podía devolverle el sino de MacPato. Se iba por semanas, de pronto más de un mes. Luego volvía cargado de anécdotas de farras que yo a mi vez imaginaba salpicadas por el pésimo gusto de los socios. Por mi parte, no había tanto que contar. Estaba a solas con la casa Dupont, debía recorrer no sé cuántas decenas de metros para traer una cerveza del refrigerador, casi siempre descalzo y a oscuras.

Me había llevado una computadora que planté a pocos metros del comedor, más o menos en medio de todo el panorama, pero me incomodaba que se me hiciera tarde frente a la pantalla, donde ni con decenas de luces encendidas conseguía evitar la sensación de hueco existencial que me dejaba el oficiar a solas en el centro de aquel templo pagano. Una oquedad que no lograba explicarme, pero igual se atenuaba si apagaba las luces y me iba a la recámara. Era preciso vivir ahí a solas para cobrar conciencia de cuán atroz y lúgubre podía ser la gran mansión de San Buenaventura.



La entrada era muy grande—habría espacio para unos quince coches—pero fuera de ahí no era plausible medir desde la calle las dimensiones de la construcción. Adentro el cálculo resultaba engañoso, como no fuera a fuerza de recorrer la propiedad entera, cosa que ni nosotros solíamos hacer. Nadie quería estar en la alberca vacía, ni en las gradas del foro tapizadas de hojas, ni en el gimnasio rebosante de herrumbre. Solamente en las fiestas sacábamos provecho de esos haberes —a la más concurrida entraron mil seiscientos, apenas suficientes para animar tantos metros cuadrados de nada—, y así llegué a creer que por haber estado en esas y otras zonas infrecuentes conocía toda la construcción. Virtualmente empotrada entre la tierra y la piedra volcánica, no podía saberse si en la parte trasera de cada desnivel había una bodega o un pedazo de cerro. Nada, al cabo, que despertase mi curiosidad. Si al nuevo visitante solían fascinarle todas esas reliquias prebeatleanas, vivir rodeado de ellas me sugería eludirlas cual si fuesen espectros. Por eso prefería andar a oscuras.

Una noche llegué a la casa Dupont presa de un cierto amago de dolor en la muela, que al paso de las horas se volvió una punzada insoportable.



Vi el reloj: ya pasaba de la medianoche. No iba a salir en busca de una farmacia. Busqué en el botiquín del baño de Mauricio y nada. En mi baño no había más que frascos vacíos y laxantes caducos. Sin pensarlo dos veces, invadí la recámara de doña Carmela, que era a todo esto el nombre de la madre ausente. No quería abusar de su hospitalidad, pero el dolor de muelas era en sí demasiado abusivo para tolerarlo. Tenía que encontrar un jodido analgésico, me daba igual la fecha de caducidad.

Había cuando menos cuatro botiquines en el baño de doña Carmela, cada uno hasta el tope de frascos y frasquitos. Sobresalían entre muros revestidos con doble cortina, de manera que en medio de mi búsqueda me dio por recorrerlas una a una, hasta que por sorpresa topé con metal. A un lado del lavabo, entre el piso y el techo, se abría un gran rectángulo en la pared, ocupado por un zaguán oscuro que parecía la entrada de alguna vieja bóveda bancaria. La diferencia era que este férreo portón estaba asegurado por una doble chapa, cuyas llaves colgaban del pasador. No sería un botiquín, claro estaba, pero pasó de pronto que al dolor de la muela lo suplantó una deleitosa taquicardia.



Tras pensarlo no más que tres segundos, me apliqué a liberar los pasadores que atoraban la puerta en el suelo y el techo, hice girar las llaves en sendas cerraduras y le di un empujón a la puerta. No era, como creí, un cuarto pequeño. Desde la misma entrada podía percibirse una oquedad tan amplia como distantes se adivinaban ciertas sombras opacas, al fondo del fondo. De cualquier forma, no estaba seguro. Tenía que volver por una vela o una lamparita. De modo que fui y vine con premura de prófugo. Podía paladear ese mismo pavor exquisito de mis días de aprendiz de forajido, sobre todo una vez que me vi con un pie dentro del búnker. No había encontrado nada más que un llavero con una luz raquítica, que nada más por eso le venía a la medida a la ocasión. Si ya estaba metido en donde no debía, me quedaba la opción de ser discreto. Bien podría haber alguna ventana que mirase a la calle —peor aún, a la casa vecina, ocupada por un tío abuelo de Mauricio—, de modo que avanzar guiado por estrella tan raquítica me daba más sosiego que zozobra, si bien no mucho más.

“¿No querías ser narrador?”, me acicateaba, paso a paso por esa estancia que supuse vacía hasta que tropecé con la primera muñeca sin cabeza.



Acerqué la linterna, vi el juguete y por instinto di un saltito hacia atrás, sólo para pisar a una nueva muñeca. *Crac*, se reventó el plástico. Me quedé tieso así, en cuclillas, mientras jalaba un poco de aquel aire pesado con aroma de encierro. No podía dejar que Hollywood metiera las narices en la situación. Ya de rodillas, con la luz a dos palmos de la alfombra también azul turquesa, distinguí una montaña de juguetes y ropa de niños. El vestidito a cuadros parecía familiar, pero fue hasta que tuve el suéter entre manos que distinguí colores y escudo: *Queen Elizabeth School*.

Volví a la cama con el coco infestado de imágenes grotescas. Había recorrido el resto de los cuartos sin encontrar mucho más que juguetes, ropas y útiles escolares, si bien sólo esculqué la superficie. Di con una ventana, muy pequeña y cubierta por un mosquitero, que habría dejado ver hacia la calle de no haberse interpuesto el tronco de un gran árbol. No podía parar de imaginar cómo habría sido la vida cotidiana en esas catacumbas para niños, mientras afuera transcurría la fiesta y la champaña corría sin diques. Esgrimiendo la excusa de asegurarme que había dejado cada cosa en su sitio, regresé al búnker antes del amanecer. Sólo que en vez



de corroborar nada me fui directo sobre el armario grande de la segunda estancia. No había querido abrirlo, escudado en escrúpulos falsarios y tardíos, pero estaba de vuelta, presa de una mayor comezón. Tenía bien olvidado el dolor de muelas.

Pensé primero que eran réplicas de Tláloc. O sería que Tláloc siempre me provocó un miedo especial. Conforme amaneció, pude apreciar que las figuras ahí almacenadas resultaban no sólo diferentes del dios de la lluvia, sino también distintas entre sí. Serían más de treinta deidades de piedra, varias de ellas muy grandes para intentar cargarlas. Vistas de cerca, eran no sólo feas sino espeluznantes. Ojos desorbitados, lenguas en forma de áspid, orejas de nagual: feroces concursantes en una competencia de esperpentos. Libre de comezónes residuales, sentía alguna suerte de opresión en el pecho y los hombros. Ya no era hora, aparte, de seguir ahí. En muy pocos minutos metí reversa a todo y regresé al confort de mis lucubraciones. Un par de horas después de atacar la última rebanada del pastel más reciente, resolví que la noche anterior yo no había estado allí, ni tenía noción de pasadizos, mazmorras o muñecas degolladas, menos aún



dioses desenterrados. Si no era mi derecho saber lo que sabía, quedaba la ocasión de sepultarlo.

Tras su regreso a México —había pasado casi dos meses en San Diego, lo recuerdo llegando en un Mercedes convertible con placas extranjeras, propiedad de algún socio resuelto a deslumbrarlo—, Mauricio ya era dos personas diferentes: el anfitrión y el socio. Uno creía en la fiesta interminable, el otro en las promesas de sus aduladores. Yo, por mi parte, no podía creer la cantidad de chistes malos y poses petulantes que aquellos trepadores evidentes repetían y celebraban en su siempre risueña compañía. Alguna vez, en mitad de una fiesta de lunes por la noche, Mauricio rompió un rato su hermetismo por todos conocido y me confió que los aborrecía. *Pero son necesarios*, sentenció. Luego habló de su infancia y sus hermanos, y sin pensarlo más me llevó a recorrer el búnker tenebroso, a través de la puerta de metal de marras. Según él los tenían ahí por precaución. Para evitar secuestros, les explicaban. Su papá tenía muchos enemigos, ellos eran su lado vulnerable. Había luz eléctrica en abundancia, bajo la cual los montes de juguetes y ropitas perdían buena parte de su encanto macabro.



Antes de regresar a la fiesta, Mauricio abrió la puerta de la bodega, como si pretendiera demostrarme que estaba totalmente vacía. Presa de algún espasmo socarrón, me relajé pensando: *Tlaloc has left the building.*



IV

No es mi intención mimar supersticiones burdas. Si a partir de este punto sólo puedo citar destinos en picada, lejos estoy de sugerir siquiera que conozco las causas o distingo casualidad de coincidencia. La única vez que se escucharon ruidos extraños en la casa fue cuando la invadieron las ratas —de noche, había que espantarlas a zapatazos— pero incluso después de la fumigación me daba a sospechar presencias silenciosas, o acaso una nomás, pues ya me carcomía la idea paranoica de que vivir a solas en esa casa era pelear a muerte contra ella.

Para muestra, vivíamos ya menos en la fiesta que en la neurosis. Pasado el primer año de mi estancia, cada uno evitaba la compañía del otro. Mauricio se encerraba con alguna de sus aspirantes y una botella de un galón de ron, yo tenía la computadora en mi recámara y jugaba por muchas horas al *Digger*. No me atrevía a irme, hoy todavía no comprendo por qué. Me decía que era una ingratitud dejar al infeliz a solas en aquel mausoleo de concreto y piedra, pero igual preguntábame si no estaría



siguiendo los dictados de la fuerza centrípeta imperante. Como si en medio hubiera un remolino resuelto a devorar la superficie, y todavía peor, como si el remolino tuviese un motor y Mauricio vertiera dentro el combustible. No diré que de noche tenía pesadillas, toda vez que solía dormir poco, y por tanto rendido o narcotizado, pero ya el eco de las risotadas de los socios borrachos en la sala me dejaba evocar fieros y variopintos demonios nocturnos. No había que ser vidente para intuir que Mauricio se permitía el fasto de agasajar a sus ejecutores.

Escapé poco a poco. Me quedaba a dormir una noche por cada dos o tres que me ausentaba. Quería eludir el amable chantaje de Mauricio, que a mi entender no era sino un exceso de diplomacia. Si no me hacía humo de una vez, íbamos a acabar estrangulándonos. Tenía, además, que encontrar una forma de parar mi carrera hacia abajo y eso no era posible en la casa de San Buenaventura. Poco me convenció, inclusive, que cierta noche Joaquín Sabina opinara que la mansión estaba en su esplendor —¿qué más iba a decir, a media fiesta?—, luego de contemplar estupefacto la pintura extendida sobre la alfombra —se la iban a llevar los socios a



vender— y escuchar de los labios del anfitrión que uno de nuestros perros callejeros la habilitaba a veces como alcoba.

¿Qué otro can en el mundo podía ufanarse de dormitar encima de un Frans Hals? *Caer con gracia*, me alertaba un prospecto de novia horrorizada, *no es dejar de caer*. Las últimas dos fiestas de esa casa fueron tan apoteósicas como un linchamiento. En una de ellas, los invitados disfrutaron de numerosos botes de aerosol de colores para entregarse a decorar los muros; en la otra había un par de zapapicos que los presentes íbamos turnándonos para intentar abrir uno y otro boquete en la pared. Sólo faltó prenderle fuego, y hasta creo que era eso lo que deseaba el dueño. Perderlo todo espectacularmente. Desdeñar la fortuna emponzoñada de vivir a la sombra del pasado. Un trabajo que el tiempo reveló sistemático, toda vez que Mauricio solía usar las horas de fiesta para atender asuntos de la oficina, y viceversa. Como si un yo profundo se empeñara en cumplir la voluntad de algún dios insaciable, torcido y destructor. Nada nunca podría salir bien, esa era la consigna. Mientras los socios se repartían sus bienes a punta de topillo, bendecidos por leyes y juzgados elásticos,



Mauricio parecía encontrar divertido y romántico ampararse en las leyes de Murphy.

No quise estar en la demolición. Me resistía a ver un paisaje que se anunciaba premonitorio. No podía imaginar a esa casa cayendo sin llevarse con ella a su inquilino. Además, ya lo he dicho, el *Club* se había vuelto un lugar silencioso. Triste, si he de opinar. Encima de eso, mi amistad con Mauricio resentía la resaca por tanta convivencia. No estaría mal, juzgué inclusive, que se hiciera de novias y aspirantes a costillas de otro. Habrá quien piense, puede que con razón, que tampoco a él quería verlo derrumbarse. Meses más tarde, un pleito intempestivo puso tierra y rencor entre nosotros, mientras sus socios se frotaban las manos porque al fin los terrenos otrora vedados estaban a la venta, y ellos tenían por cómplice a la víctima. En cosa de tres años, no quedaría un palmo por arrebatarle.

Volví a verlo ya tarde para siquiera intentar entenderlo. Éramos para entonces personas diferentes. Me gustaría decir que se veía menos agobiado, pero me temo que es lo que más me acomoda y a esta historia le va mal el confort. En todo caso hablábamos lenguas incompatibles. Por



eso nunca me detuve a contarle de mi última visita a Club de Golf México. Fue una mañana, a media semana. Acababa de relatarle a una mujer mi experiencia entre calle Once y San Buenaventura, tras lo cual sugirió que la llevara en ese momento. Y hacia allá fuimos, como si ya supiéramos que ahí estaba el epílogo, esperándonos.

Ya no dejan entrar a cualquier visitante. Ahora hay que recitarles nombre y dirección de la familia a la que se visita y dejar empuñada una credencial. Di el nombre de un vecino que según yo seguía viviendo ahí. San Pedro y calle Nueve, subrayé. Una vez en la Once, detuve el coche y la invité a caminar. No tenía intención de visitar a nadie, sólo quería ir hasta el *Triangulito* —más que un parque, un entronque arbolado— y ver si aún estaban los árboles más viejos. De camino, no obstante, nos topamos con Bruno, que vivía a cuadra y media de la que había sido mi casa.

Nada fácil me fue reconocerlo. Traía el pelo pintado de púrpura, gafas negras y barbas y bigotes de años. Nunca le vi los labios, mientras hablaba. Tenía la estampa de un iluminado *punk*. Nos vio bajar del coche y salió de su casa diciendo ya mi nombre. Le daba gusto verme,



luego de tantos años. Lo recordé en alguna de las fiestas de Mauricio, repartiendo roipnoles entre propios y extraños. Ahora tenía una mirada rara, como de retirante espiritual. Me explicó que era miembro de una congregación cristiana, llevaba poco más de cuatro años invertidos en la misión de *limpiarse el espíritu*. Reacio a ir adelante con el tema, le pregunté por los demás vecinos. Sabía que una señora había muerto, aunque no me quedaba claro quién. *¿Una? ¿Cuál de las seis?*, susurró con reserva pueblerina, oteando hacia ambos lados. Luego alzó teatralmente los tres dedos centrales de ambas manos. Iban seis muertas ya, recalcó a media voz.

La familia de Bruno tampoco había pasado por buenas épocas. *¡Mírenme a mí!*, bromeó con mala leche, como certificando su objetividad, y por lo tanto su salud mental. En todo caso estaba lo bastante lúcido para atar uno a uno los cabos de mis dudas y dibujar el mapa de tragedias circundantes. La vecina de al lado de mi casa, tanto como las dos de enfrente, habían muerto de cáncer en las vísceras, luego de soportar desdicha tras desdicha. A otra le dio un infarto, a otra una apoplejía. Las



palabras de Bruno —antes gritón, vivaz, desafiante, varios años más niño que yo, y ahora de pronto envejecido, sosegado, tieso— le daban una rara gravedad al relato, que mi invitada y yo acreditábamos en sucesivos apretones de manos. El *Club* se había hecho viejo, nos decía. Hacía tiempo no había niños en las calles, ni apenas en las casas. Abundaban, en cambio, los jubilados. No quedaban ni sombras, insistió, del griterío nuestro en otros años: *Nadie que no sea viejo quiere vivir aquí.*

Caímos los tres en un silencio hueco. Sin decir más, volvimos lentamente sobre nuestros pasos. Íbamos ya hacia el coche cuando mi acompañante tuvo la ocurrencia de preguntarle a Bruno por un baño. A lo cual mi ex vecino la condujo a su casa, sin que yo diese un solo paso adelante. Quería irme, más que cumplir visitas, pero como ella se tomara su tiempo no me quedó otra opción que caminar hasta la puerta de la casa. La habían reformado, costaba algún trabajo reconocerla. Cuando Bruno volvió —precedido por el inconfundible traqueteo de sus huaraches medio reventados— me encontró con un pie dentro de la sala, disimulando mal mi estupefacción.



—¿Son réplicas de Tláloc? —disparé idiotamente, como si cualquier cosa, señalando a las cinco figuras de piedra que sostenían el cristal de la mesa del comedor. Todas ellas horrendas, qué Tláloc ni qué un cuerno.

—No sé, pero no creo —repuso, en medio de un amago de sarcasmo—. Se las compramos a tu amigo Mauricio, antes de que se fuera del *Club*. ¿Todavía lo ves?

—¿Yo? No mucho. Quise decir, hace mucho que no —de repente me temblaba la voz. Sentía al mismo tiempo la vergüenza de verme alimentando supercherías gznápiras y la urgencia de estar en cualquier otra parte donde no hubiera deidades presentes.

Hablamos de otras cosas, ya no recuerdo cuáles. La impaciencia me había colmado el plato y ya tamborileaba con diez dedos encima de la mesa de cristal del teléfono, que de pronto encontré sostenida por otros dios de piedra. Salí a la calle entonces, sin más explicación. Tras de mí vino Bruno, con sus huaraches rotos y sus uñas crecidas y sus dedos terrosos, nada que uno esperase hallar dentro de aquella casa todavía consagrada a la ostentación, aunque ya menos que en sus años boyantes. Subí al coche,



encendí la marcha y avancé hasta la puerta de su casa, sin siquiera invitarlo a acompañarme. Estaba huyendo de él, abiertamente. Nada más ver aparecer a mi amiga, le abrí la puerta y exigí que trepara al auto de inmediato. No le hizo gracia, pero obedeció, más tal vez a la repugnancia que le inspiraba la sonrisita chueca de Bruno que a mi urgencia neurótica y mandona. No bien el policía de la caseta me entregó mi licencia de manejo, aceleré por San Buenaventura como quien huye de un castillo en llamas. O mejor: de un festín en un panteón. Podía ver en mi retrovisor a los muertos pasados, presentes y futuros, agitando los brazos como si aún intentaran detenernos.

No volví a ver a Bruno, ni a mi amiga. Tampoco he puesto pie en Club de Golf México, ni sé del paradero de Mauricio. La casa, sin embargo, me sirvió de escenario para un asesinato de novela: un policía muere de un balazo en la que había sido mi recámara, pero ni así he logrado expulsar al fantasma de concreto. Puedo ver esa casa dentro de mi cabeza, igual que el contenido de un cajón. La cocina, la sala, el búnker, los juguetes, las farras, los pasteles, los perros, el Frans Hals, las figuras de piedra, las hienas de corbata, el par de zapapicos, los bulldozers, la nada.



Me gustaría pensar que cualquier día como hoy despertaré dudando de cuanto aquí he contado, y hasta lo narraré como una fábula de origen más o menos imaginario. Finalmente, diré, soy novelista. Y esgrimiré estas líneas para así demostrarlo.



Revisión, registro y catalogación: **Maríel Medina Lugo**
Grabación y edición de audio: **Paola Hernández Samperio**
Realizada el 12 de septiembre de 2022
en el estudio de Universum. Museo de las Ciencias

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
Cuidado editorial: **Patricia Zama**
Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**
Formación y edición: **Rocío Mireles**

Portada: **Juan Antonio Alfaro Cruz** y **Hugo Aguilar Gómez**,
ganadores de la 3ª convocatoria para ilustrar portadas de la colección de Voz Viva,
publicada en junio de 2023



Males ratces, de la serie Voz Viva de México (VV - 151) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 16 de octubre de 2023, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México.

Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19)
El tiro fue de 500 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.